

## UNA HERENCIA DE HONOR

El metálico toque del despertador sonó en la oscura la piecita, y no dejó de tener su efecto, interrumpiendo el apacible y profundo sueño que siempre le parecía más grato a Martín en las horas que precedían al amanecer. Reprimiendo un bostezo en medio de un escalofrío, saltó de la cama, y cubrió con su mano la campanilla del despertador mientras dirigía una mirada recelosa a la puerta que estaba frente a su cama.

-Por favor, Martín, ¿qué bulla es ésa? -gruñó una voz ronca- Es un disparate levantarse tan temprano. Déjalos que esperen sus diarios o deja tú ese trabajo. Supongo que no estás aún a punto de morirte de necesidad.

-Siento mucho haberte molestado, tío -repuso Martín, mientras se prendía los tiradores y salía corriendo, aunque sin hacer ruido, por el corredor. Puesto que Martín dependía de su tío, como éste mismo lo expresara llanamente, siempre se le pedía que hiciera todos los trabajos que los demás miembros de esa familia, más bien acomodada, rehusaban hacer, y la noticia de su decisión de trabajar como repartidor había sido acogida con una explosión de objeciones desagradables. Pero Martín poseía cierta determinación de carácter que no lo dejaba volverse atrás por el solo hecho de que se le presentaran algunas dificultades. No había descuidado ninguno de sus estudios por causa de ese trabajo matutino; por el contrario, había obtenido mejores notas que varios de sus compañeros de clase.

-Algún día quiero llegar a ser reportero, y quiero familiarizarme con el trabajo -le dijo a uno de ellos, José Benet, su amigo más íntimo- Yo creo que si deseamos algo, tenemos que hacer también algo por conseguirlo, así que -y Martín hizo una pausa para sonreír-, estoy empezando.

-¡Reportero! -repitió José en tono burlón- ¿No sabes que esos empleos se dan siempre a los parientes o amigos del jefe? ¿Piensas que el Águila de la Mañana va a llamar a un canillita para ofrecerle un empleo? ¡No sé en qué estás pensando, Martín!

Pues yo quiero familiarizarme con todo lo relacionado con el oficio, y voy a trabajar donde pueda por lo menos sentir el olor a la tinta de la imprenta. ¿Cómo puedes hablar así, José? Muchos hombres han llegado a ser grandes autores después de haber trabajado como reporteros. David Graham Phillips trabajó una vez en la imprenta de un diario.

-Sí, pero no he oído jamás que fuera repartidor de diarios. Ese trabajo no te permitirá entrar en la sociedad literaria. Me temo que no tengas mucha ambición.

Martín se detuvo en la despensa para sacar un bollo que había de sostenerlo hasta que tomara el desayuno a las 8:30, y se preguntaba si en verdad no estaba obrando insensatamente. Sentía apetito y hubiera preferido algo más sólido, pero la cocinera no tenía muy buen genio y siempre amenazaba con irse si alguien se inmiscuía en su cocina, por lo cual Martín no se animaba a entrar para prepararse algo caliente.

Una ráfaga de nieve le dio en la cara al abrir la puerta, pues el viento rugía afuera con fuerza. Pero Martín tenía que abrirse paso en la vida, y le parecía que debía decidir de una vez lo que deseaba, trazar su curso y luego seguirlo firmemente.

Como de costumbre, ese día fue el primer canillita en retirar sus diarios y en emprender el reparto. Esa tarea lo llevó hasta las afueras del pueblo, donde se hundía casi hasta las rodillas en la nieve al romper con sus fuertes botines la costra helada, y su rostro se oscureció de disgusto cuando descubrió de repente que llevaba un diario de menos. La Srta. Natalia Debrey era su último cliente, y era conocida en todo Rivertown por su carácter agrio y poco razonable. Su casita estaba cercada, y pobre del muchacho que se aventurara a dejar el portoncito abierto. El cerrojo estaba viejo y gastado, y los muchachos que habían recorrido ese mismo trayecto anteriormente, tan sólo se habían reído ante el torrente de insultos con que ella los obsequiaba al verlos escapar.

"Ruín como la vieja Natalia", era un dicho común en el pueblo. No obstante, ella había salvado una vez de la perrera a Tom, el perro de Martín. Tom había muerto ya, pero su pequeño amo no lo había olvidado, y siempre anhelaba el día en que pudiera ser independiente para tener otro perro.

-Ella no ha de querer que vuelva a buscar su diario en una ventisca como ésta -reflexionó Martín, contemplando la carretera cubierta de nieve que se extendía entre él y la casa de la Srta. Natalia. Las calles parecían grises ahora, pues la luz luchaba por penetrar las pesadas nubes que se deslizaban rápidamente

por el cielo invernal, y las luces eléctricas titilaban en algunas de las casas. "Podría buscar otro ejemplar del Águila en la imprenta y llevárselo al mediodía. Sin duda ella estará ocupada arreglando su casa por la mañana", así discurría mentalmente Martín. Los otros muchachos no hubieran ni siquiera cavilado al respecto, y él sabía que ninguno se habría tomado la molestia de hacer el trayecto de nuevo, y menos por la Srta. Natalia.

Mientras pasaba frente a una casa, un hombre salió de ella y Martín percibió un apetitoso olor a comida que le hizo recordar el delicioso desayuno que le esperaba en casa. La cocinera nunca le mantenía las cosas calientes si él llegaba tarde, porque ella participaba de la opinión de la familia de que Martín era un tonto al trabajar sin necesidad. Habría panqueques untados con rica miel y... Martín dio media vuelta con decisión. No era culpa suya que le faltara un diario; él lo habría entregado de haberlo tenido. El dueño de la imprenta tan sólo se sonreiría si la Srta. Natalia llegaba a quejarse. Al fin, no era probable que el jefe de la oficina del Águila supiera que Martín Laines era repartidor, y su oportunidad de llegar a ser reportero estaba aún muy lejana. El olor a tinta de su bolsa vacía no ejercía en esos momentos mucha fascinación sobre él. Mientras proseguía su camino con las manos en los bolsillos, Martín vio una anciana que atisbaba a través de los vidrios de una ventana. Ella le recordó a su abuelita y lo que ella había dicho una vez en momentos de amargo pesar: "la vida es sólo un día a la vez; si uno puede proseguir hoy, puede hacerlo también mañana". La Sra. de Laines había sido rica y miembro muy respetado de la sociedad; una persona muy diferente de lo que era la vieja y regañona Srta. Natalia. Hasta el perezoso Samuel hubiera vuelto para llevarle su diario, pues la Sra. Laines vivía en la calle principal, donde había aceras amplias y abundancia de luz. Martín se detuvo en sus cavilaciones y levantó la cabeza. Un diario era quizás una cosa de poca importancia en la vida, pero él se había propuesto emprender debidamente el camino que lo llevaría a alcanzar su blanco, y apresurándose, pronto estuvo en la imprenta, donde reclamó su diario y emprendió de nuevo la marcha hacia la casa de la Srta. Natalia.

-No te atrevas a poner los pies en el vestíbulo -le gritó la Srta. Natalia, observándolo con mirada ceñuda mientras se aproximaba- Ya estaba por telefonar a la imprenta para decirles que no me habías traído mi diario.

Martín se mordió los labios para no darle una respuesta descortés. Tenía frío y hambre y estaba seguro de que al regresar tarde a su casa le darían una buena reprimenda.

-Tendré que hacer frente a una verdadera ventisca, -musitó Martín mientras se volvía en dirección al pueblo y se alzaba el cuello del saco. El viento le azotaba la espalda y se le metía a través de la gorra. De repente se detuvo para contemplar un gran edificio que se elevaba como a una cuadra de la casita de la Srta. Natalia. Era el asilo de pobres, y en su ala norte se veía un extraño resplandor rojizo, que se intensificaba con increíble rapidez. Girando sobre sus talones, Martín se aventuró a entrar en el pequeño vestíbulo, y sin hacer caso de las protestas de la Srta. Natalia, penetró en su comedorcito, donde sabía que encontraría el teléfono.

-¡Un incendio en el asilo! -gritó cuando la señorita de la central le contestó medio dormida- Dé la alarma enseguida... tendrán que ir a socorrerlos. Habla Martín Laines -dijo con impaciencia.

La caldera de la calefacción del edificio estaba en el ala norte, y un caño demasiado caliente había prendido fuego a una viga. No había nadie levantado aún y Martín tuvo que romper un vidrio para poder entrar y anunciar el peligro a los asilados.

Los bomberos llegaron precisamente en el momento en que Martín sacaba a un hombre postrado en cama, y la obra de salvamento se realizó tan bien que no hubo víctimas.

La institución sufrió bastantes perjuicios y sus asilados fueron transportados a varias casas del pueblo, siendo la de la Srta. Natalia la que primero se llenó.

Esa noche un caballero distinguido llamó a la puerta de la casa de Martín.

-He sabido que fuiste tú quien descubrió el incendio gracias a que tuviste que volver para entregar un Águila de la Mañana que te faltaba para la última casa de tu recorrido -le dijo cortés y amablemente a Martín.

-Sí, es cierto. No se veía el fuego cuando pasé por allí la primera vez. Si así hubiera sido, habríamos podido salvar el edificio -repuso el muchacho con un dejo de pesar.

-Y si tú hubieras dejado a tu último cliente sin su diario se hubieran perdido vidas -añadió el visitante.

Martín Laines no dijo nada. No le parecía, a la verdad, que hubiera algo que decir. Sabía que era un muchacho afortunado por pertenecer a una familia que poseía altos ideales. Si los suyos no le hubieran inculcado los principios de una herencia de honor, tal vez no habría regresado para cumplir su deber con respecto a la Srta. Natalia.

-¿Cómo se te ocurrió telefonar antes de ir a investigar el caso?

-Me di cuenta en seguida de que se trataba de un incendio -repuso Martín sencillamente, volviendo de sus cavilaciones-. Yo no hubiera podido hacer nada solo en medio de ese viento terrible. No había oído la sirena y sabía que no había un instante que perder.

-La Srta. Debrey me contó que ella trató de impedirte la entrada porque tenías los botines llenos de nieve; me dijo que hasta te había regañado. El rostro pecoso de Martín se iluminó con una sonrisa mientras respondía.

-Sí, ella estaba un poquito enojada, pero estoy seguro de que no reflexionaba en lo que decía, pobre Srta. Natalia. Ud. comprenderá, señor, que yo tenía que dar el aviso y hacerlo en seguida.

-Yo soy Ricardo Greer. ¿Me conoces?

Martín lo miró casi con reverencia.

-El dueño del Águila de la Mañana -dijo con voz ronca, casi en un susurro.

-Sí, y también el fundador de ese asilo. Te has portado como un hombre, Martín, al procurar cumplir con tu deber en cuanto advertiste la gravedad del caso, y yo creo -y sus ojos observaban atentamente el rostro desconcertado del muchacho que tenía ante sí- que tienes todas las cualidades para llegar a ser con el tiempo un excelente reportero. ¿Aceptarías un empleo en la imprenta cuando terminen las clases? Nadie es más que otro si no hace más que otro.-Ramiro de Maeztu.